

---

## QUÉ TIEMPOS AQUELLOS *THOSE WERE THE DAYS*

FUENTES, Juan Francisco: *Bienvenido, Mister Chaplin. La americanización del ocio y la cultura en la España de entreguerras*. Madrid, Taurus, 2024, 488 pp., ISBN: 978-8430626724<sup>1</sup>.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ FERNÁNDEZ  
Universidad Complutense de Madrid  
[jlgonzfern@gmail.com](mailto:jlgonzfern@gmail.com)

---

En el principio, sin duda, fue el *Desastre*. Quién lo hubiera dicho. Quién hubiera imaginado, por aquel entonces, que el odio que la guerra colonial desató contra Estados Unidos –“Yanquilandia”, en expresión de Miguel de Unamuno– iba a devenir en una suerte de filia *forever and ever*. Así lo ha demostrado Juan Francisco Fuentes en su nuevo libro, titulado elocuentemente *Bienvenido, Mister Chaplin. La americanización del ocio y la cultura en la España de entreguerras* (Madrid, Taurus, 2024). No es la primera vez que el profesor Fuentes, Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia, estudia la gestión del tiempo libre de los españoles en dicho período. Ya lo había hecho, ciertamente, en su anterior trabajo, espacial y temporalmente más acotado: *La generación perdida. Una encuesta sobre la juventud de 1929* (Madrid, Taurus, 2022), un estudio vehiculado a través de la figura de Matilde Ucelay (M. U.), la mujer que encarnó el éxito y a la vez el fracaso de la juventud española en los años veinte y treinta del siglo XX.

¿“América para los americanos”, como rezaba, desde las décadas iniciales del XIX, la célebre “doctrina Monroe”? Esa es la pregunta que planea sobre el libro que aquí se reseña. Y la respuesta es clara: sí, pero no solo ni tan rápido. De su lectura, además, se infieren inmediatamente dos paradojas, a cuál más grande. La primera es que no hay mal que por bien no venga. Sorprende, en efecto, la rapidez con que los españoles superaron la *débâcle*,

---

<sup>1</sup> Con posterioridad a la elaboración de esta recensión, este libro fue distinguido con el Premio Nacional de Historia 2025 (N. del E.).

integrando social y culturalmente todo lo que comenzaba a llegar de aquella –como la califica el autor– “utopía a cielo abierto” (pp. 57-58). A ello coadyuvó, desde luego, que la derrota fuera moral más que política o económica. Al fin y al cabo, España ya había perdido la mayor parte de sus colonias a principios de la centuria. De ahí que la batalla se librara, igualmente, en el plano simbólico, azuzada por la prensa sensacionalista –he aquí otro signo de americanización– de uno y otro lado del Atlántico: el león español contra el cerdo yanqui, un animal claramente de segunda; la vieja Hispania contra el advenedizo Tío Sam, alegoría esta última de una nación sin historia y sin nombre, cuasi *terra incognita*.

La segunda, por su parte, tiene que ver con la enorme atracción, contra todo pronóstico, que la cultura norteamericana ejerció entre políticos e intelectuales españoles de toda índole. Lo llamativo del caso radica, no obstante, en lo siguiente: que el *American way of life*, como ha pasado a la historia, fascinó mucho más a la izquierda que a la derecha; y dentro del primer grupo, bastante menos a liberales y republicanos que a socialistas, comunistas y anarquistas. Esta constatación constituye sin duda el gran descubrimiento de este trabajo.

Nadie pudo escapar, es verdad, al irresistible hechizo de esa “nación viva” que era Estados Unidos, según el papel que le atribuyó aquel mismo año lord Salisbury. Pero no es menos cierto que una “nación moribunda” como España tuvo, asimismo, elementos recelosos y dísculos, como los periodistas Julio Camba y Luis Araquistáin, dignos representantes de los diversos patriotismos y regeneracionismos *fin-de-siècle*, de suyo transversales e intergeneracionales. Nada extraño en el caso del también político socialista, máxime si tenemos en cuenta el cariz tradicional y nacionalista que por entonces caracterizaba a la izquierda española.

Juan Francisco Fuentes reconstruye magistralmente ese nuevo *habitus* de los españoles, que surge de manera evidente del síndrome noventayochista. Para ello se vale de un esquema cronológico-temático. Tres fechas, etapas o episodios jalonan el libro: el Desastre del 98, la Primera Guerra Mundial de 1914-18 y los años veinte y treinta del período de entreguerras, a cada una de las cuales corresponde una generación política e intelectual: la del 98, la del 14 y la del 27, entre sí muy distintas y distantes, pero con un objetivo harto claro: revitalizar España, calificada por Francisco Silvela –en 1898,

precisamente— como una nación “sin pulso”, en la línea de lord Salisbury y del darwinismo político y social de la época, que abogaba por la supervivencia de los países y las sociedades más preparados y fuertes. Entre estos últimos se encontraba indiscutiblemente Estados Unidos, que acababa de irrumpir como gran potencia en el tablero internacional, como bien había aventurado Alexis de Tocqueville en 1835: algún día, no muy lejano, aquella nación en ciernes iba a ser dueña y señora de “la mitad del mundo”.

Era cuestión de tiempo, y también de ganas, que a esa nación pujante acudieran el pueblo español y sus élites en busca de una pócima regeneradora. No tanto la Generación del 98, aquejada siempre de un patriotismo romántico, quejumbroso y autoconmiserativo, cuyos miembros habían identificado el yo individual con el colectivo. Pero sí la Generación del 14, más intelectual o política que literaria, que viajó a Europa y a América para comprobar que no había ningún daño en la espina dorsal de España que impidiera a los españoles cursar doctorados y estudiar idiomas o simplemente conocer mundo. Entre los miembros de este grupo destacan Manuel Azaña y José Ortega y Gasset, que tenían bien claro, según el filósofo, “que España era el problema y Europa la solución”. Algo similar debió pensar Romain Rolland en plena Gran Guerra, cuando se estaba dando una encarnizada lucha entre aliadófilos y germanófilos o, lo que era lo mismo, entre civilización y barbarie. Como le espetó a Stefan Zweig en 1916: “El futuro de la civilización blanca, para mí, está allí” (o sea, en los Estados Unidos).

El futuro de la civilización blanca en un país de negros. Lo nunca visto. Pero así fue, como pronto comprobaron algunos integrantes de la Generación del 27 –Federico García Lorca, sin ir más lejos– en sus continuas idas a esa “Europa trasplantada”, como la han calificado algunos estudiosos, en los denominados *roaring twenties*. Una década que iba a estar marcada por la americanización –el vocablo que permea de cabo a rabo este estudio– del Viejo Continente y, por ende, de España, ávida de modernización y de sueños, realizados al “estilo americano”. Como escribe el autor, y bien temprano comprobó la emigración española, “visitar Estados Unidos era, pues, como viajar al futuro” (p. 113). Una huida hacia adelante que hacía compatible visitar entre semana rascacielos y echarse a la naturaleza el domingo. Y todo ello potenciado hábilmente por la gigantesca industria del entretenimiento norteamericana, destinada a sacralizar el hedonismo, la transgresión y el culto al cuerpo: deporte, música y cine; fútbol, jazz y Hollywood, este último encarnado en

la figura de Charlie Chaplin y su principal personaje, que provocó una auténtica “charlotmanía” en Europa y, por añadidura, en España.

Podríamos, en fin, añadir una ingente cantidad de cosas, como el cosmopolitismo y el consumismo compulsivo, inherente a la sociedad de masas y las nuevas formas de empoderamiento juvenil y, sobre todo, femenino, que pretendían dejar atrás –en España, al menos– el trauma que había supuesto política, social y culturalmente la guerra contra Estados Unidos. “¡Todavía el 98!”, lamentará Azaña veinticinco años después de la hecatombe. Y lo que quedaba. Por lo pronto, las vanguardias literarias y artísticas, el *star system* hollywoodiense y marcas como Coca-Cola o Kodak, que se podían comprar y consumir en bares y tiendas “a la americana”, aunque sus dueños no supieran inglés ni situar a Estados Unidos en el mapa, hacían la vida mucho más dinámica y placentera. El autor podría haber añadido, igualmente, otras firmas como Gillette, que revolucionó el mundo de la higiene y el afeitado y, en consecuencia, contribuyó a reorganizar el día a día de millones de americanos, europeos y españoles que vivieron aquellos “tiempos modernos”, por parafrasear el título de la célebre película de Charlot, personaje que motiva este libro.

*Bienvenido, Mister Chaplin*, en definitiva, viene a corregir, según su autor, un importante vacío o desvío historiográfico, como es la ausencia de estudios sobre la americanización del tiempo libre en la España de entreguerras, empresa que se llevó a cabo –así ha quedado comprobado– de forma célebre y profunda. En este trabajo, además, Juan Francisco Fuentes demuestra –y esto es algo a lo que ya nos tiene acostumbrados– que la brillantez intelectual y el rigor académico no están reñidos con escribir bien, con gracia y elegancia, incluso con desenfado, como demuestran frases y epígrafes del estilo de “*Bienvenido, Mister Chaplin*”, “*Una república democrática de espectadores de toda clase*” o “*Proletarios de todos los países: idivertíos!*”. Es de celebrar que una editorial tan afamada y seria como Taurus publique libros así. Todo eso que salimos ganando los historiadores. “Me ha encantado, porque es historia pero a la vez no es historia”. Eso fue lo que me dijo una buena amiga, ajena por completo a la historiografía, tras leer el anterior trabajo del profesor Fuentes. Algo parecido podría también decirse de este que aquí se reseña. ¿Acaso cabe mayor elogio para un historiador y un libro de historia?